



EL HOMBRE QUE PUEDE CAMBIAR FRANCIA

FRANCISCO MAURICIO MARIA MITTERRAND, 56 AÑOS, DIPUTADO

JUAN ALDEBARAN

La «brasserie» Lipp, cerca de la plaza de Saint-Germain-des-Près, es un punto de reuniones políticas. Su estrecho ámbito, artificialmente agrandado por espejos, está siempre superpoblado de comedores de «choucroute»: sus adictos dicen que es el mejor de París. No está lejos de la Cámara. Los diputados bajan hasta Lipp, después de las largas sesiones, para restaurarse.

Una noche, François Mitterrand salió de Lipp hacia su casa; al llegar a la altura de los Jardines del Observatorio se produjo un atentado contra su vida, y salió indemne. Grandes titulares en los periódicos. De pronto apareció un documento. Depositado con garantías antes del atentado, explicaba con minuciosidad las condiciones de éste, y no sólo lo que iban a hacer los asaltantes, sino también lo que iba a hacer Mitterrand, sus gestos y hasta sus palabras. La clave parecía ser esta: unos sujetos habían propuesto a Mitterrand la ficción de un atentado para ganar una cierta popularidad, pero en realidad eran miembros de una organización de la extrema derecha que le tendían una trampa para desprestigiarle.

Mitterrand se defendió con habilidad, pero fue el peor momento de su carrera política. Se pensó que había terminado para siempre.

Sin embargo, seis años después (1965), François Mitterrand era candidato a la Presidencia de la República frente a De Gaulle; consiguió que el gran hombre mítico quedara en «ballottage» —es decir, sin la mayoría suficiente para ganar las elecciones en el primer turno—, y en la segunda vuelta obtuvo el 45 por ciento de los votos, contra el 55 para De Gaulle. Había renacido, había sabido salir adelante. Una vez más...

El avión inglés

A los cincuenta y seis años, François-Maurice-Marie Mitterrand sigue siendo un «joven político». Un personaje de la gran aventura vital de la política y la guerra. Na-

ció en Jarnac (Charente), el 16 de octubre de 1916, era hijo de un obrero ferroviario, pertenecía a una familia numerosa y difícil y se puso a una altura intelectual y política considerable. Parece una característica de los Mitterrand. De la pobreza de la casa de Jarnac, del medio obrero y condenado, han salido ya un general de Aviación —su hermano Jacques—, el presidente de la rama francesa de la Sperry Band —Robert—, el gerente de una de las fábricas de «cognac» más importantes de Francia, y François, que ha sido ya ministro diez veces —la primera, a los treinta años—, que puede ser primer ministro tras las elecciones de marzo y que es ya el candidato más calificado para la Presidencia de la República en las elecciones de 1976. Sin una dosis de gusto por la aventura y el riesgo no es fácil salir de una familia obrera y llegar a las puertas del palacio del Elíseo.

La primera ambición de Mitterrand fue el periodismo. Pero un periodismo culto y político: a partir de unos estudios que hizo en la Universidad de París, y que le permitieron obtener al mismo tiempo tres títulos: licenciado en Derecho, en Letras y diplomado en Derecho Público. Vino la guerra: herido, primero, prisionero, después, consiguió evadirse en una tercera tentativa, llegar a la zona libre, pasar de allí a Londres y de Londres a Argel, donde ya imperaba el general De Gaulle.

El general quiso conocer al joven evadido —que, además, había huido en compañía del sobrino de De Gaulle, Michel Caillaud, y que en la zona Sur de Francia había iniciado la fundación del Movimiento Nacional de Prisioneros y Deportados—. La conversación no fue fácil. Mitterrand esperaba una acogida cordial, y se encontró con el estilo seco y despectivo del general. «¿Por qué —preguntó De Gaulle— ha venido usted en un avión inglés, y no en uno francés?». «No me interesaban los colores del aparato —respondió Mitterrand—, tengo la impresión de que,

MITTERRAND,

todos juntos, estamos combatiendo a los alemanes».

Con un principio de conversación similar, Malraux se convirtió en un devoto del general; Mitterrand, en un enemigo. Le pareció encontrar el mismo género de autocracia que estaba combatiendo. Sin embargo, De Gaulle le nombró —en su primer Gobierno provisional, después de la liberación— secretario de Estado de Prisioneros, Deportados y Refugiados. Fue entonces fácilmente diputado, y comenzó su vida política y periodística: dirigió una editorial, fundó el periódico «Libres», y fue ministro de Ex Combatientes en 1947, en el Gabinete Ramadier.

De la derecha a la izquierda

El movimiento político de Mitterrand va en el sentido inverso a las manillas del reloj: de la derecha —moderada— a una izquierda, que algunos consideran ahora extrema por su alianza con los comunistas.

Su primer partido —lo fundó y lo presidió— fue el UDSR (la Unión Democrática y Socialista de la Resistencia), cuya intención principal era la de servir de unión entre los partidos de la izquierda clásica, no comunista, y el naciente y fuerte MRP, la democracia cristiana revestida de centro, pero realmente de la derecha, que, como en otros lugares de la Europa Occidental —en Italia, en Alemania—, tenía la misión de oponerse al comunismo.

Mitterrand no fue moderado en su anticomunismo; era la época de la guerra fría, y en muchas ocasiones aceptó un papel de represor. Fue ministro en los grandes Gabinetes conservadores de la posguerra, incluso en el de Laniel, que era ya un precursor de la dictadura. Pero fue justamente en este momento —en 1953— cuando marcó su evolución. Laniel era demasiado autócrata; la guerra de Indochina y los primeros sucesos de Argelia cambiaron la mentalidad de muchos jóvenes franceses, y Mitterrand dimitió del Gobierno, atraído ya por otra figura que emergía, por la de Mendès-France, que renovaba —no por mucho tiempo— el viejo partido radical. Fue entonces cuando comenzó a llamarse «el oportunista de la Cuarta República».

Quizá no tan oportunista. El porvenir del anticolonialismo en Francia no era muy prometedor. El propio Mendès-France se quemó en aquel juego. Ni era muy prometedor oponerse, como lo hizo, a la ascensión al poder del general De Gaulle en 1958. Era, concretamente, un acto arriesgado que pocos políticos franceses hicieron (la excepción de los comunistas). Mit-

terrand declaró públicamente que no podía apoyar un poder nacido «de un golpe de Estado militar y de una conjura política»; el nacimiento de la V República le pareció siempre ilegítimo, y aún niega su verdadera legitimidad —aunque actúe enteramente dentro de ella—, y, para combatirla, publicó un libro, «El golpe de Estado permanente». Denunciaba la creación de jurisdicciones especiales, la Constitución presidencialista, los ataques a la libertad de prensa... Lo pagó con el ostracismo, con la aparición del «affaire Mitterrand» tras el atentado frustrado —cuyos extremos, a decir verdad, nunca han sido del todo aclarados—, con la caída en la alma de una oposición sin esperanzas. Sin esperanzas para otro que no fuese François Mitterrand, luchador y tenaz.

Un duro retrato

La oposición práctica iba por otro lado. El intento de Federación de la Izquierda fue confiado al socialista Defferre, que fracasó. Se pensó en una candidatura de Mendès-France; Mitterrand se adelantó, negoció con los comunistas y con los socialistas, se convirtió en presidente de la Federación de la Izquierda Demócrata y Socialista (los partidos radical y socialista, los clubs republicanos), que excluía a los comunistas, y llegó finalmente a las elecciones famosas del «ballottage», al desafío directo al general De Gaulle. Mitterrand había conseguido encarnar, entonces, a la oposición de la izquierda. Aparecía ya como el personaje del futuro. Un personaje, para muchos, inquietante. La descripción de

Pierre Viançon-Ponté (1) se ha hecho clásica:

«Se le echa en cara ser simultánea o sucesivamente un hombre del Renacimiento, *condottiere* o Médico, un Lorenzo el Magnífico o un Maquiavelo. Se le compara a Julien Sorel, con el negro primero y el rojo después. Hay quien dice que es un traidor de la izquierda, de igual manera que lo fue Thiers (creador de la III República Francesa y autor principal de la represión de la *Commune* de París). Se le ha tratado de gacela de ojos de terciopelo y también de prelado, debido a una cierta expresión clerical (fue educado en un colegio de los Hermanos Maristas). También se le ha calificado de "joven lobo" (a la manera de los *jeunes-turcs* de la política francesa). Pompidou dice que es un "fantasma del pasado". La derecha le destaca como "liquidador del Imperio francés", debido a su actitud en favor de la descolonización, y los comunistas de "fanático del orden", desde que fue ministro del Interior durante la guerra de Argelia. Mientras las izquierdas le tratan de "político reaccionario", las derechas le consideran un "aliado secreto" de los comunistas. Es sospecho a los laicos por su adolescencia religiosa, y rechazado por los católicos por su permeabilidad al marxismo. Fue víctima de un atentado que sus enemigos creen falso y preparado por él mismo con finalidades publicitarias. Ha sido uno de los hombres más calumniados e insultados de Francia».

(1) Pierre Viançon-Ponté: «La République de De Gaulle», citado por Jaume Miravittes en el prólogo de «El socialismo posibilista», de François Mitterrand. Dopesa, Barcelona, 1972.

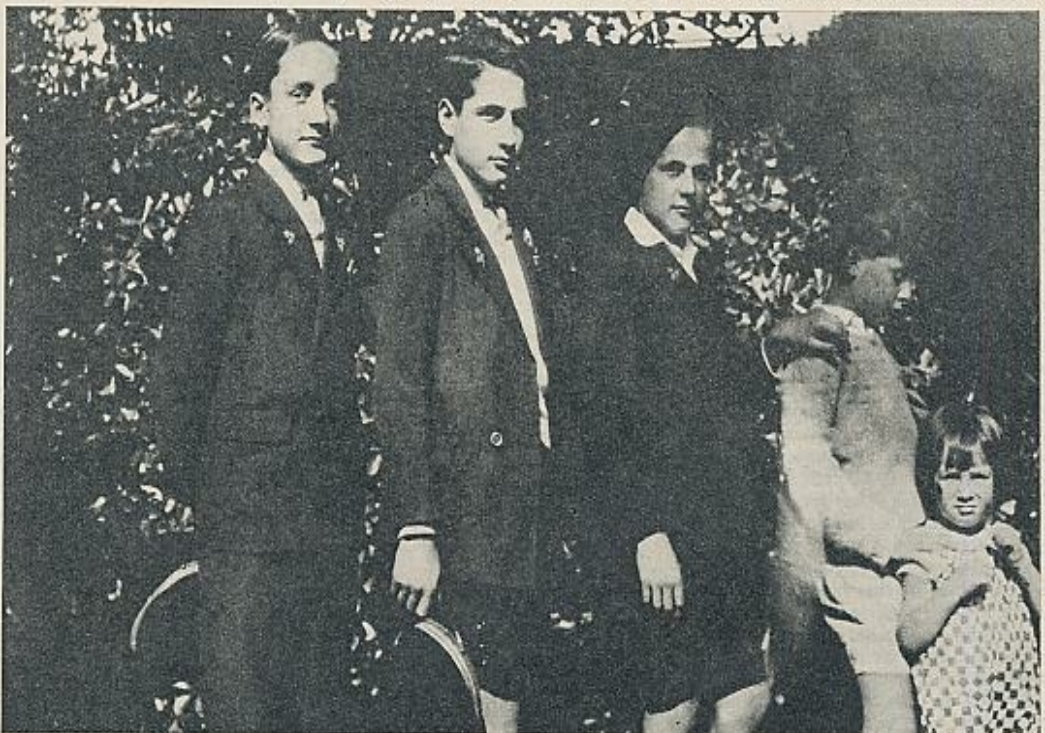
El principal problema de este duro retrato es que, con toda esa imagen pública, Mitterrand es hoy el candidato más firme a la jefatura del Gobierno y a la Presidencia de la República, y tiene tras de sí mayor número de franceses que ningún otro, incluyendo al actual Presidente Pompidou.

Por acumular otro factor negativo —desde el punto de vista de la política práctica—: Mitterrand se sumó a medias, tardamente y con vacilaciones al movimiento francés de mayo de 1968, como lo hizo Mendès-France. Es decir, cuando Francia parecía lanzada a la aventura política, el poder era un vacío —por la falta de reacción realista de De Gaulle, incluso por su amenaza de abandono y por el riesgo de un golpe militar contrarrevolucionario—, Mitterrand se ofreció para presidir un Gobierno provisional, incluso la República. Esto le valió la gran enemistad de la derecha —una vez le tachaba de oportunista— y los dictérios del partido comunista, empeñado en ese momento, tanto como la derecha, en apagar el movimiento de los grupúsculos —como les llamaba— y mantener en funcionamiento un sistema del que esperaba más que de una revolución que no le parecía practicable.

El marxismo después del ministerio

Este dato negativo se convirtió inesperadamente en positivo. Mitterrand, llevado de nuevo al margen de la política, no se presentó a las elecciones presidenciales de 1969, en las que salió elegido Pompidou y malparada la izquierda —una reacción contra los acon-

Los tres hermanos Mitterrand, Robert, François y Jacques, retratados en su villa natal de Jarnac el 2 de octubre de 1930.





Al iniciarse los primeros sucesos de Argelia, Mitterrand dimitió del Gobierno, atraído por la otra figura que ya emergía, Mendès-France, renovador —no por mucho tiempo— del viejo partido radical.

teclimientos de mayo—, y esa derrota no pudo alcanzar a Mitterrand, que comenzó a interesarse por una nueva forma política: la alianza de los socialistas —el partido que preside sin haber sido nunca socialista, y estando siempre muy lejos del marxismo— con los comunistas para fines electorales. El mismo dice: «No había tenido la menor noción de lo que era el marxismo hasta después de los treinta años —es decir, cuando ya era ministro—, y nunca he creído en dogmas. Soy un liberal que cree en la libertad, y especialmente en lo que concierne a la libertad intelectual». Esta frase de Mitterrand es posterior a su alianza con los comunistas.

En el libro que acaba de publicar, «La rosa en el puño» (2), sale al paso de las acusaciones que le está haciendo la derecha, las acusaciones que apenas han variado en el último medio siglo: un nuevo Massaryk (la víctima del «golpe de Praga»), un nuevo Kerensky (el menchevique que tuvo que ceder el Gobierno de Rusia a Lenin). «Afirmar que la izquierda no cumplirá sus programas —escribe—, que ha evaluado mal su capacidad para gobernar a Francia, es algo normal en el terreno de la crítica. Pretender que la libertad perecerá bajo la presión de un poder político arbitrario y de una economía de Estado, nos sorprende, pero puede discutirse. Tomamos parte en un debate entre gentes honestas, y aceptamos que pueda ser cruel. Pero trucar y mutilar los textos y dejar creer que contienen un proyecto político y económico que no figura en él (programa común de Gobierno) ni explícita ni implícitamente, o reprocharle que ignore los problemas que son tratados en él muy ampliamente, forma parte de una actitud mental que no dudo en comparar con aquella que me asombraba y me horrorizaba en mi juventud, cuando triunfaba el fascismo. Apenas escribo esta palabra y querría ya borrarla. Después de todo, el fascismo no es la única variante del espíritu totali-

tarlo. Se han quemado hombres y libros antes de él, después de él. Y el tiempo de Hitler era también el de Stalin. No borro nada, sin embargo. Es preciso que los franceses sepan que nunca nada puede considerarse acabado, que la salud del cuerpo social está siempre expuesta a un golpe de fiebre. El fanatismo no tiene época, y siempre sigue el mismo itinerario a través de la Historia...».

He aquí cómo la campaña electoral francesa rueda totalmente en torno a las dos palabras que obsesionan a Europa desde hace medio siglo: fascismo y estalinismo. Cuando sus datos son otros...

La campaña, claro, tiene más vertientes. Una de ellas aparece ahora en la reunión, en París, de la Internacional Socialista (3); en la conferencia de prensa que Pompidou dio el martes, el Jefe del Estado francés la atacó como inoportuna, y atacó a los primeros ministros y ministros de otros países que acuden a ella, los cuales responden que han acudido siempre a las Internacionales Socialistas, y no ven ningún motivo para no acudir a ésta, y que de ninguna manera aceptan la acusación de «intrusión» en la política interior francesa» que ha hecho taxativamente Pompidou. ¿En qué medida influye en las elecciones esta reunión?: En la de que los franceses ven jefes de Gobiernos socialistas de países prósperos y tranquilos, incluso burgueses, incluso con capitalismo, y se desmiente así —o cree Pompidou que pueda pasar— la acusación de «Mitterrand, igual a caos»...

Es indudable que Mitterrand ha sabido jugar sabiamente esa carta. En un momento de auge del socialismo mundial —de un socialismo sin garas, claro, de un socialismo sin agresividad— quiere presentar en Francia en qué consiste ese socialismo.

Al que él no había pertenecido nunca hasta ahora, en que se convierte en su mejor plataforma electoral... ■ J. A.

(3) Acerca de la reunión del Congreso de la Internacional Socialista en París, véase TRIUNFO, núm. 536, págs. 6 y 7.

La Capilla siXtina

LA NOCHE MAS LARGA

He escuchado una vez más el disco de las canciones de Brecht cantadas por Massiel. Brecht me gusta y Massiel a veces, y en potencia, siempre. Es decir, soy de los que creen que Massiel ha perdido el tiempo con las rancheras y con esa canción "deista" tan extraña que a la chica le ha salido como un forúnculo confesional. La Massiel de las canciones de Brecht me gusta y me ha hecho recordar unas escenas de casi mi adolescencia, en casa de una amiga que se llamaba Juliana, rodeado de amigos que también tenían nombre y apellidos, y, además, uno de ellos, Gormosa, tenía un disco de canciones de Brecht cantadas por Lotte Lenya. El Brecht cantado por Lotte Lenya me parecía más agresivo, más achulado. Massiel ya le echa Lavapiés al asunto, pero es inevitable, Brecht en castellano, en España, suena a triste, una tristeza rebelde, pero triste al fin.

Las canciones de Brecht son monumentos verbales a la esperanza: "La noche más larga, eterna no es..." nos dice Brecht, nos lo decía ya en los años veinte, treinta. Por si acaso, Lotte Lenya no ha esperado el final de la noche histórica, y hace unos años la vimos todos haciendo de vieja arpa, agente secreto femenino enfrentado al occidentalismo James Bond. Recuerdo la cubierta del disco alemán con una Lotte Lenya rutilante, hermosa como sólo podía serlo una alemana de izquierdas en el período de entreguerras. Las chicas de izquierdas, en mejorando lo presente, eran muy guapas antes de la guerra.

Pues bien, Lotte Lenya estaba casada con Kurt Weill, el coautor con Hanns Eisler de la música aplicada a los difíciles textos de Bertoldo Brecht. Lotte Lenya pertenecía a aquel socialismo a medio camino entre el espartaquismo y el expresionismo, un socialismo en claroscuro, muy maltratado por la Historia, pero sobre todo maltratado en la viscera de la esperanza. No sé de qué viscera se trata, pero como imagen no está mal.

Bertoldo, el propio Bertoldo,

que era un hombre intestinalmente liberal, nos contaba, hacia el final de su vida, que se le había pinchado una rueda de su bicicleta, que no estaba contento de dónde venía, ni a dónde iba y que, sin embargo, aguardaba el cambio de la rueda con impaciencia. Brecht es un prodigioso caso de intelectual comprometido, pero vacunado con un jeringazo de distancia crítica. Se dio cuenta de que tal vez la noche más larga no sería eterna, pero si larga, larguísima. Y tuvo tiempo de pedir disculpas por no haber sido amable ni en sus escritos ni en sus actitudes históricas. "Quisimos ser amables, pero los tiempos no nos dejaron". Felizmente, Brecht, aún vivió tiempos en los que pudo pedir excusas por ser duro. Hay tiempos peores. Esos tiempos en los que no puedes ni ser duro ni pedir excusas por ser duro. ¿Tal vez vivamos en un espacio y un tiempo en el que sea necesario pedir excusas por ser amable? ¿El amable nace o se hace?

En cualquier caso, Bertoldo Brecht es un espíritu paralelo que se repite afortunadamente en todas las noches históricas. La conciencia crítica de la Historia. Una conciencia crítica que no se detiene ni siquiera ante la imagen propia que devuelven los espejos sinceros. Sería maravilloso que alguna vez, quizá al volver la esquina de este siglo, los niños de las escuelas sustituyeran las canciones dudosamente infantiles que hoy aprenden por las canciones de Brecht y aprendieran la tolerancia hacia lo humano y la intolerancia hacia lo antihumano que hay en la elemental filosofía brechtiana, y todo teñido por el talento lento y comprensivo de Bertoldo.

¿Qué querrán decir entonces, para ellos, estas canciones de Brecht? Hace cuarenta años eran un desafío. Hoy, en el contexto en que las canta Massiel, las oigo como oíría el "...pero se mueve", de Galileo Galilei. Ojala en el año 2000 estas canciones sean mera arqueología sentimental de noches que, ciertamente, no fueron eternas. ■

SIXTO CAMARA

(2) «La rose au poing», de François Mitterrand. Flammarion, París, 1973.